



PASCUAL, ITZIAR (2018). *ANTÍGONA. TRAGEDIA DE LA FRATERNIDAD*. MADRID: EDITORIAL ANTÍGONA.



¿Una *Antígona* más? ¿Hasta cuándo se seguirán escribiendo Antígonas?

El siglo XX ha sido, desgraciadamente, un tiempo favorable a la reescritura del texto de Sófocles. En el contexto del traumatismo fratricida de la Guerra Civil y de la imposición de la dictadura —en España, pero también en Hispanoamérica—, la figura de Antígona se erige en portavoz de la memoria, asumiendo la manifestación frontal de la denuncia del autoritarismo y de la violencia. María Zambrano, Luis Riaza, Manuel Bayo, José Bergamín, Luis Rafael Sánchez, Griselda Gambaro, José Watanabe o Gabriela Yncán —entre tantos otros— dan cuenta, cada uno desde el lugar que le es propio, de la tragedia sin fin de una familia maldita minada por la ambición de poder, asesinatos, regicidios y traiciones. En medio de este torbellino destructor, Antígona asume los valores de fidelidad y amor fraternos, es decir, los principios fundamentales para el funcionamiento de la *polis*.

Como en Buero, el planteo de la *Antígona* de Itziar Pascual se hace desde el propio escenario: el teatro es el lugar de la contienda. En él tiene lugar el desafío lanzado al público por el Corifeo y el Coro, en presencia de los actores y las actrices. Del público dependerá el desenlace de la vieja historia. En sus manos estará el poder de cambiarla, de renovarla e incluso, de salvarla. Esta premisa es decisiva en la economía de la propuesta de Itziar Pascual, ya que desplaza las tensiones del conflicto mítico: no se trata de oponer la ley humana a la ley divina, sino de saber si existe la posibilidad de otro final para Antígona, si el amor y el respeto —forma social del amor— tienen todavía un lugar en la *polis* y si —como subraya Fanny Blin, en su magnífico estudio sobre las *Antígonas*

hispanas— la heroína puede cambiar el rumbo de un funcionamiento familiar y social mortífero.

Ciñéndose en las primeras escenas al clásico de Sófocles, Itziar Pascual introduce tonalidades y nuevos ecos —puestas de relieve por Charo Amador¹— para dar voz a las que no la tienen, preocupación que ya manifestó la autora, dentro de la relectura de mitos, con *Las voces de Penélope*. Pascual trabaja, en su *Antígona*, mano a mano con la tragedia clásica, pero enmarcada por la escena previa del desafío, un final no escrito y otro final posible, estrategias que insertan la fábula en el *hoy y ahora* de la representación y en el potencial transformador de la escena.

Se suceden, al hilo de la acción, las escenas clásicas del encuentro de Antígona e Ismene, del edicto de Creonte y la duda del Coro, el enfrentamiento de Antígona y Creonte, la intervención de Ismene a favor de Antígona y el encierro de ambas, el pedido de Hemón ante su padre, sin resultado... Los míticos personajes están rodeados, o quizá podríamos decir, acompañados, de los Muertos, personajes mudos, marginales, evocados en Sófocles, que animan o impiden los desplazamientos de los protagonistas, conducen atentamente el desarrollo de la acción.

Si bien Pascual concede, desde las primeras escenas, un lugar diferente a la Ismene clásica —monólogo de una Ismene *niña, hija, hermana*— es a partir de la reclusión de Antígona que la tragedia transita definitivamente por otros cauces. El encierro compartido de Antígona e Ismene da lugar al encuentro, a través de un sueño de Ismene, de los dos hermanos enemigos. En el espacio íntimo de lo soñado, en el escenario, los hermanos se reconcilian y el diálogo deviene posible. Los hermanos participan activamente, tratando de torcer el destino. Ambos conducen y acompañan al joven enamorado Hemón hacia Tiresias, el sabio adivino, para que convenza a Antígona de escapar de la celda y huir con su amado. A pesar de haber quedado allanado el camino que la llevaría hacia la vida, Antígona resuelve asumir su deber, el amor fraterno. La protagonista adquiere en esta lucha entre su amor individual y su amor social, una honda emotividad de la que, con todo respeto, carece el clásico. Los pensamientos de Antígona, tradicionalmente eclipsados —como los de Penélope— transitan por la duda, el temor, interrogándose en torno a su identidad, su futuro, la relación con sus seres queridos... y la familia, siempre la familia, como herida y bálsamo.

En la *Antígona* de Pascual, Tiresias no abogará ante Creonte a favor de Antígona, sino de Ismene. Creonte tampoco recapacita en los consejos

prudentes de su entorno, ni cambia de parecer, acciones que sabemos resultan totalmente inoperantes y que ya no pueden volver a la vida ni Hemón ni Antígona. Pascual vuelve a desplazar las relaciones entre los personajes, para crear nuevos significados: el clásico silencio de Eurídice es reemplazado por un monólogo intimista, hecho de interrogaciones, como los pensamientos de Antígona. Eurídice no habla sola: la sombra de Yocasta la anima y la retiene. Hacia Yocasta van, en un torrente de interrogantes imposibles y humanos, preguntas sin respuesta y, sobre todo, dudas... Eurídice toma cuerpo y voz para enfrentarse con su esposo Creonte y solicitar su clemencia —desplazando así el clásico diálogo de Tiresias y Creonte, por el mismo motivo. La dimensión del perdón, la dimensión sanadora y sobre todo de la experiencia y de la memoria es asumida por una Eurídice activa y lúcida, portavoz de otra silenciada, Yocasta. Sus intentos, como los de Tiresias, son vanos y no logran hacer mella en el corazón endurecido de Creonte. Finalmente, el mundo subterráneo de los Muertos, presentes a lo largo de toda la obra, aflora para acoger en su seno a Antígona y Hemón, en compañía atenta de los hermanos Polínices y Etéocles.

¿Una *Antígona* más? Sí, porque sigue siendo necesario contar un mito, como lo dirá esta renovada Antígona, «que no duela tanto a las mujeres», con «un final con menos muertos», un final que no olvide a Ismene y que diga su dolor y su soledad. Se seguirán escribiendo *Antígonas* hasta que la *polis*, la ciudad, deje de «alentar venganzas, aplaudir la ira y las matanzas», hasta que Antígona pueda volver al mundo de los vivos sin temor, como una niña.

Gabriela Cordone

¹ *Antígona* ha sido prologada por Charo Amador, directora del espectáculo estrenado en febrero de este año en la Sala García Lorca, de la RESAD, y cuenta con una introducción a cargo de Pablo Iglesias Simón.